

nieblas degasas, sobre los muelles de su carretela de doble suspension, sino las pobres mujeres, con los piés en el barro helado, demandando en crudo invierno al amanecer, un mendrugo de pan de centeno á las puertas de las panaderías oficiales; y el epicúreo se convierte en tribuno; cambia el plato de Trimalcion por el puñal de Bruto; alienta todas las locuras de los clubs, denuncia á los ricos y á los aristócratas, arroja plomo derretido sobre las llagas del pueblo, ensalza el terror como Hebert, ruge como Marat; y despierta la sed de sangre en los desgraciados como antes había despertado la sed de goces en los poderosos; inmundo cortesano de la fortuna y de la fuerza.

Hay toda una literatura, todo un arte, que cree arqueológico y teocrático el ideal. Para esta literatura y para este arte, la realidad, solamente la realidad es digna del pincel, del buril, de la pluma. Esos artistas que entreven algo más allá de nuestro mundo, que sueñan con la absoluta perfeccion, que se desviven por los cielos de lo infinito y por el éther de las ideas, son miembros de un sacerdocio reaccionario, digno de contarse entre las castas de la Edad Media, y conspirador eterno contra la libertad de nuestra inteligencia. La dama de las Camelias ó de las Perlas, el jóven pisaverde de los boulevares, el clubista ronco de vino y de tabaco, el demagogo ahumado con la pólvora quemada en daño de la patria, guardan más poesía que el Cipriano de Calderon en su fé y el Fausto de Goethe en sus dudas; que Julieta á la luz de las estrellas en su balcon de Verona, incierta entre el canto del ruiseñor y de la alondra; ú Ofelia, loca de amor, ahogándose, vírgen purísima, con su corona de desposada tejida de todas las flores de las selvas, en los senos del celeste lago. Una estátua amasada en el barro de la calle; un cuadro que copie fotográficamente las llagas sociales; una novela donde se repita el caló de los cafés; una cancion de taberna, son superiores á los

banquetes de Platon, donde se departe sobre la inmortalidad, y á los ensueños de Lamartine, donde se oye la voz de la tierra; subiendo como una armoniosa plegaria á la inmensidad de los cielos. Esta escuela preferirá el pálido piojoso de Murillo, expulgándose, á todos sus ángeles perdidos en los arreboles de la luz increada. Parecen haber venido los realistas para afean más el mundo real y no para enmendarlo; empeñados en repetirnos nuestra propia vida con todas sus tristezas y cerrarnos la comunicacion verdadera con el cielo y hundirnos cada dia más en nuestra pequeñez y en nuestra miseria. Julio Valles aparece á la verdad como el tipo acabado de esta escuela. Muy colorista y muy gráfico en su estilo de relieve, huye del ideal como de una Iglesia. La realidad es su cielo, el pueblo es su Dios. Pertenece á la legion de génius desconocidos, que no han llegado á obtener ni la fortuna ni la gloria con que soñaban para su extraordinario mérito, y se vengan de esta injusticia persiguiendo con su sarcasmo toda grandeza y minando con sus calumnias toda reputacion. El ódio les inspira sus declamaciones contínuas como á Orestes le inspiraban las furias su locura. La mesa de un café es su altar, el periódico callejero su tribuna, el humo del tabaco su incienso, la cancion grosera su oda y su musa la botella. Así todas sus ideas exajeradas; todas sus frases violentas; todas sus inspiraciones ora comunes hasta la vulgaridad y ora hinchadas hasta la hipérbole, forman como un baile de carnaval en que sólo se oyera el sonido de las canciones báquicas y de los cascabeles. Al hambre del espíritu le ofrece carnes podridas salpimentadas de pólvora; á su sed infinita vasos de vitriolo; á sus vagos ensueños el brutal ronquido de la borrachera. Por razones opuestas llega á la misma conclusion que el abate Gaume, al ódio de la antigüedad. El mundo clásico, que había inspirado á los revolucionarios del noventa y tres sus más bellas arengas sobre la

libertad y la República, aparecia á sus ojos como un réprobo, en cuya frente sólo podia leerse esta palabra extrañísima: servidumbre. Así soñaba con universal incendio, en cuyas siniestras llamas quedase consumida toda la herencia del génio. Así, gritaba, y copio sus palabras «lo pasado, hé ahí el enemigo. Por eso clamo con toda la sinceridad de mi alma; si quemárais todas las bibliotecas y todos los museos, habria en ello para la humanidad no pérdidas ciertamente, sino gloria y provecho.» Dejemos á ese energúmeno.

Ved de esta galería el retrato último, ved á Vermorel. Apenas tenia veintinueve años cuando representaba un papel de primera importancia en estas grandes tragedias; y espiraba entre dolores acerbos producidos por una bala de las últimas batallas. Su vida había sido una vida severa; como su estilo un estilo seco. Alejado de todos los placeres, habíase consagrado con la austeridad de un estóico á todos los trabajos. No podrian contarse los artículos, y los ensayos, y las polémicas, y las críticas que escribió á tan corta edad. Siempre fué de la escuela democrática; pero en sus primeros años de la escuela democrática y cristiana, casi me atreveria á decir católica. La imitacion de Cristo era una de sus lecturas favoritas; el Padre Lacordaire uno de sus modelos admirados; la alianza del Evangelio con la libertad uno de sus ensueños; la fé en Dios y en la inmortalidad del alma una de sus creencias. Pero de Lacordaire pasó á Lamennais. Ya no fué su cristianismo puramente ortodoxo; fué ese cristianismo que se gloria de volver á los tiempos evangélicos; y recoge como afluentes en su curso á la eternidad las ideas de la filosofía griega; y se enlaza con las protestas de Abelardo; y se detiene ante los ensueños de San Francisco; y toma como una renovacion primaveral la Reforma; y adora á los puritanos; y crece cual una idea de Hegel en su movimiento dialéctico; y quiere unirse lo mismo

con la democracia que con la ciencia. Por esta época estudiaba derecho, vivia en el barrio latino, sustentaba á Renan contra los jesuitas en los bancos del Colegio de Francia y á Vacherot contra los imperiales, en el tribunal de Imprenta; publicaba los discursos de Mirabeau y de Vergniaud para despertar el ideal con el reclamo de la elocuencia; veia la democracia, la libertad y la República, esa trinidad de nuestra política, entre nubes de áureas ilusiones y de risueñas esperanzas. Pasó de los bancos de la Universidad, á las redacciones de los periódicos. El ideal antiguo se apagó en su mente. Endureciósele el corazon. Una especie de socialismo materialista reemplazó á las antiguas místicas doctrinas. Volvióse airado contra los hombres de mil ochocientos cuarenta y ocho, y atribuyó á sus torpezas las desgracias de su tiempo. El empeño suyo era decir que habían caido por no abrazarse al socialismo, cuando los mató el socialismo. En su nueva fé adoptó el error más grave de la escuela, el error de creer que el problema social puede resolverse independientemente de las formas políticas. Y este error le dió aires de complaciente cortesano de Rouher, y le colocó allá entre los que soñaban con el Cesarismo comunista. La acusacion era tan universal y tan creida que Rochefort la formuló, picado por una acerba crítica de Vermorel, nada ménos que en la tribuna del Cuerpo Legislativo. Llegado el 4 de Setiembre continuó lanzando á los jefes del partido republicano sus aceradísimos dardos; y repitiendo que una catástrofe tan grande como la del 2 de Diciembre vendria nuevamente sobre Francia por culpa de las mismas doctrinas y de los mismos hombres. Dados estos antecedentes, le estaba reservado un puesto en la Comunidad revolucionaria. Allí se metió para vivir criticándolo todo con acerba crítica, y para morir entre acerbos dolores con la impasibilidad de un estóico. Su rostro rapado, sus ojos frios, su estilo seco, su literatura

glacial, sus análisis implacables no podían verdaderamente atraerle grandes entusiastas porque sólo el calor de la elocuencia enciende los verdaderos afectos y mueve á los grandes sacrificios; pero la austeridad de su vida cenobítica inspirará eternamente un profundo respeto. Le creían cobarde, porque escupido un día en el rostro, se limitó á limpiarse con el revés de la mano la saliva; y llegado el supremo trance, murió con el heroísmo y la resignación de un mártir. ¡Cuántas manchas se lavan prontamente en el fuego purificador de una buena muerte!

Hé ahí los principales elementos que concurrían á la formación de la Comunidad revolucionaria. Imposible que pudieran tener la unidad de acción que dimana de la unidad de ideas. Una confusión babilónica reinaba entre ellos. Los más eran individualistas hasta ser anárquicos; los menos gubernamentales hasta ser jacobinos. Los unos querían rehacer el Estado en toda su fuerza para ponerlo á servicio del pueblo; y los otros prescindir del Estado, de ese organismo necesario, como prescinde la culebra de su brillante piel, y se la deja entera por sus tortuosos caminos. En estos el socialismo aparecía como una tradición proudhoniana, en aquellos como un sistema indefinido y vago. Remedaban unos á ciertos sectarios de la Convención y su embriaguez; copiaban otros el nihilismo ruso y su barbarie. Muchos pertenecían á los revolucionarios febriles que toman por vida la calentura de los tísicos, esa aparente vitalidad en cuyo calor se oculta el frío glacial de la muerte. Casi todos eran médicos sin enfermos, abogados sin pleitos, escritores sin público, artistas caídos de sus ambiciones en

el árido desengaño, filósofos materialistas sin ninguna idealidad, teorizadores de lo feo, trascendental en una estética absurda, copistas de la realidad á cuyos males sólo sabían oponer el amargo narcótico de la utopía. Sin unidad de idea no hay unidad de acción; y sin unidad de acción no hay gobierno posible. Así la Comunidad pasó tristemente su tiempo en estériles disputas, en cambios bruscos de procedimientos y de personas, en nombrar improvisados generales y comisiones de salvación pública que venían y se iban como los fantasmas de un sueño. Aquello fué una exaltación febril, un delirio de la sociedad; todo ménos un gobierno. A quien la mayor parte de aquellas gentes imitaba era á Hebert, al revolucionario de los peores tiempos, que pasaba de las orgías donde se derramaba el vino á los tribunales donde se derramaba la sangre; y que aristócrata por sus gustos y por sus costumbres se ponía á servicio de todas las malas pasiones de la plebe, clavando el puñal de sus denuncias en los corazones más varoniles y en los caracteres más íntegros, hasta que llegan los días supremos de la venganza, cuya voracidad lo consume todo; y es arrastrado á la guillotina por la ley terrible del Talion tantas veces en sus inmundos escritos invocada, y arrastrado entre el regocijo universal que convierte su agonía en una fiesta; pues todo el mundo deseaba ver cómo se extinguía ese verdugo, cuyo periódico fuera el inmundo albañal de la calumnia, despidiendo en vapores mefíticos la deshonra y la muerte. Con todo eso, no lo dudo, aun podía constituirse una conjunción; pero jamás un gobierno.

CAPITULO XCVI.

LOS PRIMEROS ACTOS Y LAS PRIMERAS BATALLAS.

La Comunidad revolucionaria se inauguró oficialmente en la Casa de la Ciudad poco después de su pública y solemne inauguración ya descrita, inauguración tan festiva como pomposa. Un discurso de Beslay la constituyó, siendo como su partida de bautismo. Este discurso rebosaba de buena fé, aunque no de buen sentido. En sus primeras palabras expresaba la firme convicción de que la Comunidad, poder sin carácter definido y sin atribuciones conocidas, hijo de un motín demagógico, padre de una guerra civil, redimía la República cuando en realidad la entregaba herida y desangrada á la reacción. Mas entre estas ilusiones mentidas veíase aparecer el sistema de la verdadera gerarquía de los poderes públicos y de los derechos que á cada uno competen en el mero anuncio de que los asuntos locales pertenecen al municipio, los asuntos provinciales á la provincia, los asuntos nacionales al Estado, distribución verdadera pero desmentida por todos los pensamientos y todos los actos de aquellos comuneros.

¿Era ni podía ser nunca asunto local, y por consiguiente de la competencia de los municipios, el administrar en todos sus grados la justicia? Hasta en los pueblos más federales existe un supremo tribunal. ¿Era ni podía ser de la competencia de los municipios el legislar sobre la propiedad y sobre el comercio, asunto aquel que toca á todos los derechos, asunto este no sólo de relaciones entre los ciudadanos de un mismo pueblo, sino también de relaciones entre todos los pueblos de la tierra? La Comunidad de París era de una impertinencia increíble, y de una ambición insaciable. Separaba la Iglesia del Estado como si el Estado fuera ella; acometía reformas de legislación civil y penal como si fuera ella el poder legislativo; contaba con fuerzas públicas como las naciones; y para que nada le faltase hacia un ministro de Negocios exteriores, el cual notificaba su advenimiento á las potencias y dirigía dulces palabras á los ejércitos extranjeros acampados en el corazón de Francia y á la sombra de los muros de París.

glacial, sus análisis implacables no podían verdaderamente atraerle grandes entusiastas porque sólo el calor de la elocuencia enciende los verdaderos afectos y mueve á los grandes sacrificios; pero la austeridad de su vida cenobítica inspirará eternamente un profundo respeto. Le creían cobarde, porque escupido un día en el rostro, se limitó á limpiarse con el revés de la mano la saliva; y llegado el supremo trance, murió con el heroísmo y la resignación de un mártir. ¡Cuántas manchas se lavan prontamente en el fuego purificador de una buena muerte!

Hé ahí los principales elementos que concurrían á la formación de la Comunidad revolucionaria. Imposible que pudieran tener la unidad de acción que dimana de la unidad de ideas. Una confusión babilónica reinaba entre ellos. Los más eran individualistas hasta ser anárquicos; los menos gubernamentales hasta ser jacobinos. Los unos querían rehacer el Estado en toda su fuerza para ponerlo á servicio del pueblo; y los otros prescindir del Estado, de ese organismo necesario, como prescinde la culebra de su brillante piel, y se la deja entera por sus tortuosos caminos. En estos el socialismo aparecía como una tradición proudhoniana, en aquellos como un sistema indefinido y vago. Remedaban unos á ciertos sectarios de la Convención y su embriaguez; copiaban otros el nihilismo ruso y su barbarie. Muchos pertenecían á los revolucionarios febriles que toman por vida la calentura de los tísicos, esa aparente vitalidad en cuyo calor se oculta el frío glacial de la muerte. Casi todos eran médicos sin enfermos, abogados sin pleitos, escritores sin público, artistas caídos de sus ambiciones en

el árido desengaño, filósofos materialistas sin ninguna idealidad, teorizadores de lo feo, trascendental en una estética absurda, copistas de la realidad á cuyos males sólo sabían oponer el amargo narcótico de la utopía. Sin unidad de idea no hay unidad de acción; y sin unidad de acción no hay gobierno posible. Así la Comunidad pasó tristemente su tiempo en estériles disputas, en cambios bruscos de procedimientos y de personas, en nombrar improvisados generales y comisiones de salvación pública que venían y se iban como los fantasmas de un sueño. Aquello fué una exaltación febril, un delirio de la sociedad; todo ménos un gobierno. A quien la mayor parte de aquellas gentes imitaba era á Hebert, al revolucionario de los peores tiempos, que pasaba de las orgías donde se derramaba el vino á los tribunales donde se derramaba la sangre; y que aristócrata por sus gustos y por sus costumbres se ponía á servicio de todas las malas pasiones de la plebe, clavando el puñal de sus denuncias en los corazones más varoniles y en los caracteres más íntegros, hasta que llegan los días supremos de la venganza, cuya voracidad lo consume todo; y es arrastrado á la guillotina por la ley terrible del Talion tantas veces en sus inmundos escritos invocada, y arrastrado entre el regocijo universal que convierte su agonía en una fiesta; pues todo el mundo deseaba ver cómo se extinguía ese verdugo, cuyo periódico fuera el inmundo albañal de la calumnia, despidiendo en vapores mefíticos la deshonra y la muerte. Con todo eso, no lo dudo, aun podía constituirse una conjunción; pero jamás un gobierno.

CAPITULO XCVI.

LOS PRIMEROS ACTOS Y LAS PRIMERAS BATALLAS.

La Comunidad revolucionaria se inauguró oficialmente en la Casa de la Ciudad poco después de su pública y solemne inauguración ya descrita, inauguración tan festiva como pomposa. Un discurso de Beslay la constituyó, siendo como su partida de bautismo. Este discurso rebosaba de buena fé, aunque no de buen sentido. En sus primeras palabras expresaba la firme convicción de que la Comunidad, poder sin carácter definido y sin atribuciones conocidas, hijo de un motín demagógico, padre de una guerra civil, redimía la República cuando en realidad la entregaba herida y desangrada á la reacción. Mas entre estas ilusiones mentidas veíase aparecer el sistema de la verdadera gerarquía de los poderes públicos y de los derechos que á cada uno competen en el mero anuncio de que los asuntos locales pertenecen al municipio, los asuntos provinciales á la provincia, los asuntos nacionales al Estado, distribución verdadera pero desmentida por todos los pensamientos y todos los actos de aquellos comuneros.

¿Era ni podía ser nunca asunto local, y por consiguiente de la competencia de los municipios, el administrar en todos sus grados la justicia? Hasta en los pueblos más federales existe un supremo tribunal. ¿Era ni podía ser de la competencia de los municipios el legislar sobre la propiedad y sobre el comercio, asunto aquel que toca á todos los derechos, asunto este no sólo de relaciones entre los ciudadanos de un mismo pueblo, sino también de relaciones entre todos los pueblos de la tierra? La Comunidad de París era de una impertinencia increíble, y de una ambición insaciable. Separaba la Iglesia del Estado como si el Estado fuera ella; acometía reformas de legislación civil y penal como si fuera ella el poder legislativo; contaba con fuerzas públicas como las naciones; y para que nada le faltase hacia un ministro de Negocios exteriores, el cual notificaba su advenimiento á las potencias y dirigía dulces palabras á los ejércitos extranjeros acampados en el corazón de Francia y á la sombra de los muros de París.